

Interacciones humano-animal: características e implicaciones para el bienestar de los humanos

*Human-animal interactions: characteristics
and implications for human well-being*

GERMÁN GUTIÉRREZ*

DIANA R. GRANADOS

NATALIA PIAR**

Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia

Resumen

En este artículo se revisa la literatura reciente sobre interacciones humano-animal, su origen, sus características y cómo dichas interacciones afectan el bienestar físico, psicológico y social. En la primera parte se presentan los orígenes y evolución histórica de las relaciones humano - animal, empezando por los procesos de domesticación y se aborda la naturaleza de las interacciones humano animal. En la segunda parte, se revisan los efectos para los humanos de la interacción con animales, especialmente con sus mascotas y se analiza la literatura científica sobre los efectos físicos, psicológicos y sociales. Finalmente, se aborda brevemente el desarrollo de esta área de investigación en Latinoamérica.

Palabras clave: interacciones humano - animal, mascotas, bienestar, salud

Abstract

This paper reviews the current literature on human-animal interactions, their origin, characteristics and how they influence physical, psychological, and social well-being. In the first part, the early history of human-animal interactions through domestication and the evolution of that relationship is presented. The nature of human-animal interactions is also discussed. In the second part, the effects of interacting with animals, especially with pets, are reviewed. The scientific literature on physical, psychological, and social effects is analyzed. Finally, the development of this area of research in Latin America is briefly discussed.

Keywords: human-animal interactions, pets, well-being, health

RECIBIDO, 1º DE AGOSTO DE 2007. ACEPTADO, 22 DE AGOSTO DE 2007.

* gagutierrezd@unal.edu.co.

** npiarg@unal.edu.co, Grupo de Aprendizaje y Comportamiento Animal. Departamento de Psicología. Edificio 212. Av. Cra. 30 No. 45-03. Ciudad Universitaria. Bogotá, Colombia.

Las relaciones entre hombres y animales han sido variadas y crecientes. A lo largo de la historia los animales han sido utilizados como medio de trabajo, como fuente de alimento, como medio de entretenimiento, como protección para el hogar o el territorio, como símbolo o instrumento sagrado objeto de culto, como modelos de investigación biomédica y conductual, como guía para personas discapacitadas y como fuente de afecto para sus dueños (Serpell, 2000).

Las relaciones humano-animal no son de aparición reciente, pero su estudio científico sí lo es. Por mucho tiempo, la poca literatura que abordaba las interacciones entre humano y animal se centró en la problemática social y epidemiológica que implicaba la tenencia de animales en ambientes urbanos (Borchelt et al., 1993). Inicialmente algunas investigaciones mostraron que las personas que convivían o tenían contacto con animales, corrían riesgo de contraer de ellos diferentes tipos de enfermedades producidas por bacterias, virus, rickettsias, hongos y parásitos (Aiello, 2000). Sin embargo, múltiples estudios han mostrado que las zoonosis son prevenibles y que con las precauciones adecuadas tanto para la mascota como para su dueño, estos riesgos se pueden disminuir a niveles de seguridad (Hines & Fredrickson, 1998).

Posteriormente, se han venido realizando estudios en los que se han explorado los efectos de la interacción con animales en la salud de los humanos; se han descrito múltiples condiciones médicas en las que se ha observado que la compañía de una mascota favorece los procesos de recuperación de la salud física (Friedman, Katcher, Lynch, & Thomas, 1980). También se ha estudiado la influencia de las mascotas en la calidad de vida de personas saludables y en personas con enfermedades agudas y crónicas. Un creciente cuerpo de literatura muestra que la calidad de vida de múltiples poblaciones puede verse afectada positivamente por la interacción con diversos tipos de animales (Fundación Purina, 1997).

Como resultado de una literatura creciente que muestra relaciones de diverso tipo entre la interacción de los humanos con los animales y su bienestar físico, psicológico y social, se han empezado a conceptualizar los mecanismos mediante los cuales dicha interacción produce los efectos mencionados. Así mismo, se han empezado a desarrollar tecnologías que aunque no en todos los casos tienen un sustento científico, han empezado a ser aceptadas socialmente como eficaces y valiosas en el abordaje de problemas de diverso orden.

La relación misma entre humanos y animales ha cambiado en forma importante. Los procesos de domesticación se iniciaron en el contexto de un beneficio mutuo para los humanos y las diversas especies domesticadas. La selección artificial de las especies domésticas y su consiguiente explotación cambiaron rápidamente dicha relación para darle un carácter más utilitario. Esta valoración, en la que con frecuencia se atribuyen beneficios para los humanos, pero no para las especies animales, enfatiza la valoración negativa de toda intervención en el proceso evolutivo y en las condiciones de vida de dichas especies y desenfatisa las implicaciones que el mantenimiento de la relación presa-predador hubiera significado para muchas especies animales domésticas. Más aún, en este contexto crítico se tiende a ignorar el importante papel que la domesticación de animales y plantas ha jugado en la evolución de nuestra especie.

El carácter utilitario, sin embargo, está lejos de describir la relación humano-animal a lo largo de su historia. Registros arqueológicos e históricos muestran evidencia del desarrollo de relaciones afectivas entre humanos y sus mascotas desde los inicios mismos de esta relación. Sociedades tribales actuales en todos los continentes también mantienen tradiciones extensas y complejas de mantenimiento de mascotas. Esto sugiere una tendencia histórica en los humanos para el desarrollo de este tipo de relación con otras especies (Serpell, 1996).

Mientras las relaciones de tipo utilitario no fueron cuestionadas por miles de años, en el último siglo movimientos en defensa de los animales han empezado a cuestionar el papel dominante de los humanos en dicha relación y han empezado a atribuir a los animales características y valores considerados humanos, y a defender la existencia de derechos de los animales que interactúan con los humanos. Las implicaciones de este planteamiento han alcanzado muchos de los campos de interacción humano-animal, desde el uso de otras especies para el uso de sus productos, como instrumentos de trabajo, entretención y su uso como modelos de investigación, hasta su tenencia como mascotas, que es a menudo interpretada como la más benigna de dichas interacciones. La valoración ética de la relación humano-animal es actualmente motivo de debate en sociedades y culturas, especialmente de occidente.

Las interacciones humano-animal son altamente complejas en nuestros días. Comprenden elementos de tipo legal (Ramírez, 2001), económico (Kanis, De Greef, Hiemstra, & van Arendonk2005), social (Fundación Purina, 1994), médico (Fundación Purina, 1999) y psicológico (Cusack, 1991). Esta complejidad y la importancia que dichas interacciones representan para nuestras sociedades, no se reflejan siempre en el abordaje de las mismas desde un punto de vista científico. Mientras nuestras interacciones con mascotas y otros animales son tema de anécdota y motivo de interés para todo tipo de comentarios en los medios de comunicación, la literatura científica camina lentamente atrás del interés de la sociedad por comprender su naturaleza y sus alcances. Si bien existe una literatura creciente sobre las interacciones humano-animal, aún encontramos una mezcla no totalmente cualificada de opinión, especulación y abordaje sistemático de los problemas relacionados con el tema. Es necesario pues, llevar a cabo un proceso de organización y presentación de esta literatura que favorezca el planteamiento de preguntas científicas y que ayude a establecer el estado de desarrollo del área.

La mayor parte de la literatura encontrada sobre el estudio de las relaciones humano-animal ha sido originada en países desarrollados de Europa y Norteamérica. La mayor parte de las publicaciones son en inglés, con la posible excepción del trabajo de un grupo interdisciplinario de psicólogos, veterinarios, médicos y antropólogos, que ha explorado en España, elementos de la relación humano-animal, asociados con sus consecuentes para la salud y la sociedad (ver Fundación Purina, 1999). En Latinoamérica hay un grupo creciente de investigadores y profesionales de múltiples disciplinas que ha desarrollado programas de diverso orden que informan y cualifican la relación humano-animal, pero hay poca investigación en el área.

En el presente artículo abordamos dos temas principales. En la primera parte describimos la evolución de las relaciones humano-animal y la naturaleza del vínculo entre

humanos y algunas especies animales. En la segunda parte revisamos los resultados de investigación empírica sobre los efectos de la interacción de los humanos con perros, gatos, caballos y otras especies que han sido particularmente estudiadas por la cercanía que presentan con nuestra especie y por su historia de domesticación.

Evolución de la interacción humano-animal

Durante la primera parte de la historia evolutiva de los humanos, desde hace 2 millones de años hasta hace unos 10 mil años, los ancestros del humano actual derivaron su sustento de la caza y la recolección. La relación de los humanos con otros animales fue de coexistencia, competencia o presa-predador. Luego el hombre comenzó la domesticación de plantas y animales y pasó a ser cultivador, a producir su propio alimento. A este periodo se le conoce como la revolución neolítica. Las causas de este cambio son aún motivo de discusión científica (Burcher, 1996)

Para estudiar el proceso de domesticación, los investigadores han obtenido información de los restos óseos, espacios de interacción, instrumentos, materiales, documentos y registros artísticos encontrados en diferentes excavaciones, sobre diversas especies animales. A partir de 1950 un grupo interdisciplinario, compuesto por antropólogos, botánicos, geólogos y zoólogos entre otros, empezó un estudio más sistemático sobre este proceso, mediante el cual han logrado establecer algunos de los lugares en el mundo donde se inició la domesticación, han sugerido cómo ocurrió este proceso y han especulado acerca de las causas del mismo y de los efectos que tuvo para la evolución misma del hombre y de dichas especies animales y vegetales domesticadas.

Uno de los primeros problemas que enfrentan estos investigadores es determinar si la convivencia de especies animales con el hombre implica, en todos los casos, un proceso de domesticación. Se ha concluido que no todos los animales que conviven con el hombre son domesticados. Algunas especies que viven con los humanos son consideradas “adiestradas” por su grado de familiaridad con el hombre; sin embargo, en tanto el humano no controla efectivamente su reproducción y sus habilidades preceptuales y de respuesta al estrés no son alteradas (i.e., reducidas) por el proceso de interacción con el humano, no son consideradas domesticadas (Hemmer, 1990).

Cuando se inició el proceso de domesticación, se inició de igual forma una serie de cambios tanto en el hombre como en los animales. Como cazador, el hombre centra su interés en dar muerte al animal. Como domesticador, sin embargo, este foco de interés cambia hacia mantener al animal vivo, a facilitar su capacidad de reproducirse y a seleccionar características del animal que faciliten aún más dicho proceso de domesticación. Este proceso implicó para los humanos transformaciones sociales y económicas, especialmente en el área de producción de alimentos. Para los animales, este proceso representó cambios en anatomía, fisiología y comportamiento (Savishinsky, 1993).

Se afirma que los perros fueron los primeros animales domesticados, hace unos 14 mil años. Se han encontrado restos de perros en Europa, Asia y Norteamérica que datan desde finales del Paleolítico. Con base en evidencia arqueológica, se cree que su domesticación ocurrió en forma independiente, en los tres continentes, si bien las dataciones varían (Clutton-Brock, 1995). Otras especies animales (i.e., ovejas, cabras,

cerdos) fueron domesticadas hace aproximadamente 11 a 9 mil años, en la región de lo que es actualmente Irán, Irak, Israel y Palestina (Burcher, 1996).

En 1976, Simon Davis de la Universidad Hebrea, encontró un indicador del vínculo humano-animal: descubrió un esqueleto humano de aproximadamente 12 mil años, y con él, el esqueleto de un cachorro, lo cual le hizo pensar que entre éstos existía una relación afectiva y no alimenticia (Davis & Valla, 1978).

Algunos investigadores sostienen que el perro fue domesticado inicialmente como mascota. Esta teoría sugiere que el hombre tomó lobeznos en diferentes lugares y momentos, que luego se convertirían en lobos amansados. Teorías mejor aceptadas recientemente, señalan que algunos lobos que pudieron mostrar mayor tolerancia a la presencia de los humanos empezaron a acercarse a los basureros de asentamientos humanos y su docilidad fue el inicio del proceso de domesticación (para una teoría alternativa del origen del perro, ver Koler-Matznick, 2002). Si bien el proceso de selección inicial por parte de los humanos favoreció características como la docilidad, más tarde este proceso se hizo más sistemático, utilizando criterios como color, longitud del pelo, longitud de las patas, características faciales, así como características conductuales que han dado lugar a la crianza de unas 400 razas de perros que se encuentran en el mundo hoy (Clutton-Brock, 1995; Coppinger & Schneider, 1995).

Mientras en las sociedades de cazadores recolectores la relación de humanos y animales estuvo marcada por un valor de tipo instrumental, en el que ambas partes proveían y recibían beneficios del otro, en las sociedades estratificadas en las que ya se había desarrollado la domesticación la relación era diferente. Con frecuencia, los animales en dichas sociedades fueron utilizados como símbolos de poder y estatus social. Tanto animales exóticos como animales domésticos empezaron a recibir un trato diferencial en dichas sociedades y con ello, otros papeles como la entretención y su conservación en lugares especiales, empieza a desarrollarse. En culturas antiguas como Egipto, Roma, China y en culturas posteriores en Europa, Asia y América, se asignó un papel de estatus social a la posesión de animales especiales y a su cuidado que en muchas ocasiones, como hoy en día, excedía el cuidado que recibían las personas comunes. De allí, al uso simbólico de identificación social con ciertos animales o con ciertas características de los mismos, parece haber habido sólo un paso (Savishinsky, 1993).

A pesar de la cercana convivencia del hombre con múltiples especies animales, su conocimiento de la inmensa variedad de especies en la naturaleza estuvo limitado al conocimiento de su entorno hasta el siglo XVI, cuando con motivo del redescubrimiento de América por los españoles se empezaron a conocer nuevas especies que fueron descritas por los cronistas. Antes de ello, la humanidad había mezclado en forma elocuente y literaria las descripciones de viajes al Asia y África con mito, prejuicios, temores y fantasías. Herbert Wendt, en su libro *El descubrimiento de los animales*, presenta esta historia de manera muy erudita (1982).

En la actualidad, las relaciones de los humanos con los animales continúan siendo complejas. Los animales siguen cumpliendo un papel utilitario en la vida de los humanos. La industria de la alimentación es más grande y tecnificada que nunca. Las condiciones de cría de estos animales, los convierten en objetos susceptibles de todo tipo de

manipulaciones bio-químicas, de control ambiental, de consideraciones casi exclusivamente económicas. Datos correspondientes a 1997, del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos señalan que anualmente se sacrifican en ese país más de 8,500 millones de animales, incluyendo pollos, pavos, vacas, cerdos, y otros animales de consumo (Domjan, 2003)

Cambios en la legislación de algunos países y en elementos de tipo cultural han conducido lentamente a consideraciones que favorecen condiciones de vida y sacrificio más acordes con una visión humanista de la relación utilitaria con estas especies. Sin embargo, estos cambios son lentos y en ocasiones limitados como resultado de grupos de interés económico o cultural en diversos países. Por ejemplo, en Colombia, existe una ley mediante la cual “se adopta el Estatuto Nacional de protección de los animales...” (Ley 84 de 1989) (Ramírez, 2001). En su artículo 1º se señala que “A partir de la promulgación de la presente ley, los animales tendrán en todo el territorio nacional especial protección contra el sufrimiento y el dolor, causados directa o indirectamente por el hombre”. Sin embargo, en el artículo 7º, se indica que quedan exceptuados de cumplir con esta ley, en varios de sus incisos, “el rejoneo, coleo, las corridas de toros, novilladas, corralejas, becerradas y tientas, así como las riñas de gallos y los procedimientos utilizados en estos espectáculos”, todas ellas actividades ligadas a costumbres culturales de hace cientos de años.

Así pues, las sociedades contemporáneas han ido desarrollando algunos estándares de interacción con los animales, pero éstos reflejan la variedad en los tipos de relación existentes. Algunas veces, se presentan paradojas. Por ejemplo, mientras existe una amplia aceptación social, o una ignorancia premeditada acerca del tratamiento de animales en la industria de comida, se imponen unas restricciones muy fuertes al uso de animales en la investigación científica, con relativa independencia de si dicho uso causa o no dolor e incomodidad a los animales. Legislaciones en algunos países han conducido a la limitación en el desarrollo de la ciencia, con implicaciones importantes para el conocimiento y la tecnología médica, conductual y de otros órdenes, derivada de él. Recientemente, el Director del Departamento de Ética Médica, de la Universidad de Pennsylvania declaraba, a propósito de la legislación sobre el uso de animales y humanos en la investigación, que “en muchas formas, ratas y ratones en los Estados Unidos, reciben una mayor protección como sujetos de investigación que los humanos” (Harris, 2007).

Algunos animales (especialmente mascotas) disfrutan de beneficios que con frecuencia son negados en su forma más básica a muchos humanos, aún en países desarrollados: tiendas especializadas en donde se venden artículos básicos y de lujo para su consumo, servicios estéticos, médicos, recreativos, educativos, viviendas lujosas, asistentes y servicios funerarios, entre otros.

En conclusión, nuestras relaciones con los animales continúan estrechándose y evolucionando. Cambian con los tiempos en las diversas culturas. Son influenciadas por nuestra conveniencia, pero también por las relaciones de afecto que desarrollamos con ellos. Reflejan nuestra comprensión de una necesidad y obligación de protegerlos, pero también nuestra insensibilidad provocada por la conveniencia, ignorancia o ideología. También responden a nuestro creciente conocimiento sobre su naturaleza

biológica y conductual, que nos muestra que todas las especies están relacionadas con nosotros y que muchas de ellas son más similares a nosotros de lo que nunca antes pensamos y que por ello, son, en muchos sentidos, nuestros compañeros de viaje en este planeta.

Vínculo humano-animal

No todas las interacciones humano-animal pueden ser tomadas como si existiera entre ellos un vínculo. Algunas de estas relaciones son puramente utilitarias como la que existe típicamente entre un ganadero y sus reses. En el pasado, los animales eran de gran utilidad como compañeros de caza, en el mantenimiento de la temperatura corporal y para una pronta detección del peligro (Robinson, 1995); tales razones parecen tener una menor importancia en la actualidad, particularmente en las ciudades. Sin embargo, hay un creciente número de personas que tienen animales en sus casas, lo cual implica una alta inversión de recursos y tiempo (Staats & Horner, 1999). El hecho de que este vínculo haya superado el paso de cientos de años y cambios tecnológicos y culturales, sugiere que sirve a importantes necesidades humanas (Staats, Sears, & Pierfelice, 2006).

Un vínculo se caracteriza por una interacción afectiva especial y duradera con un individuo único, no intercambiable con otro (Ainsworth, 1991; Carrillo & Gutiérrez, 2000). Esa interacción muestra dos características: primero, mantener la proximidad con otro animal y restaurarla cuando ha sido interrumpida, y segundo, la especificidad del otro individuo, que supone su reconocimiento (Bowlby, 1969; Carter, 2005).

Aunque la mayor parte de los vínculos afectivos se desarrollan entre miembros de la misma especie, es posible el desarrollo de vínculos entre especies. Se ha argumentado que el proceso de domesticación depende en alguna medida de que la especie domesticada pueda prescindir de los vínculos sociales de la especie. En consecuencia, debería observarse en la especie domesticada una disminución de dichos vínculos, en relación con la especie ancestral silvestre. Esto es observado en muchas especies domesticadas, pero en algunas no. Por ejemplo, los vínculos sociales observados en cobayos son muy fuertes, al igual que en su especie ancestral (Sachser, 2005). Los perros también desarrollan fuertes vínculos adultos, al igual que los lobos, su especie ancestral. En los perros, sin embargo, se ha observado una capacidad nueva, no común a muchas especies domésticas, la posibilidad de crear un fuerte vínculo afectivo con el hombre, similar, o en ocasiones mayor que con sus coespecíficos (Serpell, 1995).

Para Katcher (1993) son cuatro los principios básicos de la interacción hombre-animal que permiten el establecimiento del vínculo. Estos principios son: seguridad, intimidad, afinidad y constancia. La seguridad se refiere a la salvaguarda y protección de los humanos, mediante acciones de los animales. Aparte de ofrecer seguridad, la presencia de la mascota tranquiliza a su dueño y mejora la percepción de las relaciones sociales y de las personas que van con sus mascotas; en la mayoría de los casos dicha persona es percibida como buena, accesible, confiable y no peligrosa.

El efecto de intimidad entre dueño y mascota ocurre de manera espontánea. El dueño habla y acaricia a su mascota, con un lenguaje corporal relajado que se da sólo cuando aquel lo quiera y necesite, ya que su mascota siempre está dispuesta a jugar y a ser

acariciada. Las relaciones con otros humanos no son necesariamente tan espontáneas y libres como las que se pueden establecer con una mascota. Adicionalmente, este efecto de intimidad se ve fuertemente soportado en la capacidad de comunicación entre humanos y animales. Los perros han mostrado una habilidad especial para comprender señales verbales y no verbales de los humanos, que han constituido la base de múltiples tipos de relaciones entre estas dos especies (Bentosela & Mustaca, 2006).

Los dueños establecen fácilmente una relación de parentesco con sus mascotas; las consideran como parte de su familia, como un hijo o como un amigo muy especial. Muy frecuentemente las mascotas ocupan un lugar muy importante en las vidas y actividades de sus dueños.

Los animales tienden a mostrar comportamientos poco variables, cuando se les compara con el comportamiento de otros humanos. Aunque existen diferencias entre miembros de igual especie y raza, las mascotas pueden ser sustituidas ya que una nueva mascota puede cumplir con el papel que desempeñaba la anterior. Adicionalmente, los beneficios que proveen las mascotas son perdurables en el tiempo.

Por otra parte, el significado de una mascota para su dueño se ve influenciado por aspectos como la edad y sexo del dueño, y su historia de interacción con otros animales y sus expectativas. Los niños pequeños más fácilmente desarrollan una relación dueño-mascota de juegos. Para los adolescentes, por otra parte, un animal de compañía es más frecuentemente un compañero, alguien que lo protege y que sirve como mediador en su vida social (Cusack, 1991). Se han encontrado diferencias entre hombres y mujeres frente a la función que para ellos representaba poseer una mascota; mientras que las mujeres reportan una función de facilitador social, incluyendo las mascotas como ayuda para superar tiempos difíciles, los hombres consideran razones prácticas tales como que las mascotas facilitan el ejercicio o sirven alguna función útil (Staats, Sears, & Pierfelice, 2006).

Teóricamente las experiencias pasadas sirven como indicadores del potencial de futuras relaciones. Si una experiencia siendo dueños de una mascota fue positiva, la experiencia ante la introducción de otra mascota será mejor que si la experiencia previa fue negativa (Wilson, 1994).

En conclusión, múltiples características de los humanos y los perros (así como de otras especies animales), han facilitado el proceso de domesticación y el desarrollo de vínculos entre especies. Este proceso ha conducido a los humanos a asignar a perros y otros animales de compañía, un papel y un valor que es comparable con el de otros individuos humanos.

Si bien los propietarios de animales de compañía pueden reportar los múltiples beneficios que reciben de su interacción con los animales, en las últimas décadas se han empezado a estudiar en forma sistemática los efectos de esta interacción. Más importante que detallar las anécdotas pertinentes, es necesario caracterizar y explicar dichos efectos. En lo que sigue del presente artículo se presentará la literatura sobre efectos de la interacción humano-animal para los humanos, en sus aspectos físicos, psicológicos y sociales.

Efectos de la compañía de animales en los humanos

La revisión de la literatura sobre los efectos de la compañía de las mascotas en los humanos ha sido organizada utilizando diversos criterios y taxonomías. Una de las más sencillas pero útiles es la que divide dichos efectos en negativos y positivos. Entre los efectos negativos se encuentran las enfermedades que pueden sufrir los humanos como resultado del contacto con los animales y las agresiones por parte de animales a humanos. Los efectos positivos o benéficos se observan en los niveles físico, psicológico y social.

Si bien las mascotas pueden producir zoonosis, existe una evidencia creciente que muestra que dichos riesgos pueden ser controlados mediante un cuidado sistemático de la salud de las mascotas y de un manejo controlado de sus desechos y de la interacción entre el individuo humano y el animal. Por ejemplo, en los últimos años se han realizado investigaciones acerca de los riesgos y los beneficios de los animales de compañía para las personas inmunocomprometidas. Inicialmente poco se sabía sobre los animales de compañía y las zoonosis, por lo que los médicos y los profesionales de la salud recomendaban a personas inmunocomprometidas que se alejaran de sus mascotas. En la actualidad, esta situación ha cambiado, se conoce que las mascotas representan un riesgo limitado para personas con compromiso inmunitario y que los beneficios que ofrecen son mayores que los peligros de zoonosis (Anderson, Reed, & Jennings, 1992).

El estudio de los efectos positivos de la compañía de las mascotas se inició con el artículo de J.H.S. Bossard, en el que describe la importancia del rol que cumple el animal doméstico en la vida y salud mental de la familia y en el desarrollo de los niños. En su artículo presentó a la mascota como una fuente de amor incondicional, como un ser al que las personas podían brindar amor y cuidado y como un profesor en diversas áreas de la vida cotidiana. También describió a la mascota como un facilitador social y como fuente de compañía (1944).

En los años sesenta, Levinson publicó un artículo sobre el valor terapéutico de un animal en la familia y así su utilidad en la psicoterapia infantil (1962). Beck & Katcher (1984) publicaron una revisión crítica de la literatura sobre los efectos de la compañía de las mascotas, y señalaron que en su mayoría, los estudios publicados hasta entonces, eran de tipo descriptivo. Desde entonces, varios autores han profundizado y desarrollado diferentes programas terapéuticos, que se adelantan actualmente, como es el caso de la terapia asistida con animales en niños, adolescentes, ancianos, pacientes con enfermedades crónicas, reclusos, en personas con problemas de depresión y ansiedad entre otros (ver Fundación Purina 1999; Wilson & Turner, 1998).

A continuación, presentamos en forma sumaria los principales beneficios que se han podido documentar con base en programas de tratamiento o en estudios correlacionales, cuasiexperimentales y experimentales en los que se evalúa la interacción humano-animal como variable asociada o causal de cambios a nivel de la salud física, a nivel psicológico y social.

Beneficios físicos

La interacción con una mascota puede proveer diferentes beneficios para la salud. Favorece la prevención de diversos tipos de enfermedad, ayuda en el afrontamiento de

[171]

la enfermedad y facilita la rehabilitación, mediante una variedad de mecanismos que apenas ahora empiezan a ser explorados (Wilson & Turner, 1998).

Anderson, Reid, & Jennings (1992) examinaron varios factores de riesgo cardiovascular en dueños y no dueños de mascotas, en un estudio realizado en Australia. Ellos encontraron que propietarios de mascotas realizaban más ejercicio físico, mostraban mejor presión sanguínea, más bajo colesterol y triglicéridos, que los no propietarios. La relación entre el primer efecto (ejercicio) y los efectos adicionales (medidas de salud cardiovascular) no es clara en dicho estudio, pero estudios posteriores han mostrado que cambios en comportamiento asociados con la interacción con una mascota, como incremento en ejercicio físico, hablar con la mascota, pueden tener un efecto causal en la mejora en indicadores varios de salud (Allen, Blascovich, Tomaka, & Kelsey, 1991). También se ha argumentado que los beneficios fisiológicos pueden ser derivados del estado de relajación frecuentemente observado cuando estamos en presencia de una mascota, o de los efectos de acariciar a la mascota sobre la disminución de estrés. Los mecanismos fisiológicos de tal mecanismo han sido descritos por diversos autores (e.g., Wolf & Frishman, 2005).

Friedmann Katcher, Lynch, & Thomas (1980) investigaron el efecto de la compañía de mascotas en la recuperación de pacientes que habían sufrido infarto de miocardio o una angina de pecho. Un año posterior a cualquiera de estos episodios, el 94% de los pacientes que tenían mascotas continuaban vivos. Por el contrario, sólo el 43% de los pacientes que no tenían mascota seguían con vida. Los investigadores consideraron que para los propietarios de mascotas el hecho de salir a caminar con el perro podía haber tenido un efecto en este resultado. Por ello, decidieron excluir estos casos y encontraron que los resultados mantenían la dirección del efecto inicialmente observado. Un estudio experimental también mostró que interactuar con una mascota favorece la adherencia al tratamiento en un programa de rehabilitación cardíaca de 12 semanas (Herrald, Tomaka, & Medina, 2002).

Allen (2003) reporta varios estudios de su propia autoría, en que muestra que mujeres a las que se les pidió que resolvieran ejercicios de aritmética en presencia de otra persona, su mejor amiga, su esposo y su mascota, no sólo fueron más efectivas en la resolución de la tarea en presencia de la mascota, sino que mostraron menor presión arterial, que en presencia de los individuos humanos, independientemente del grado de su relación con ellos. Esta misma autora y sus colaboradores llevó a cabo un estudio en el que un grupo de corredores de bolsa, sometidos a altos niveles de estrés y que estaban empezando tratamiento con Lisinopril para la presión arterial fue dividido en dos, la mitad de quienes adoptaron un perro y la otra mitad no. Encontraron que aunque la droga fue efectiva en el manejo de la presión arterial de base en ambos grupos, el grupo de nuevos propietarios de la mascota experimentó una mejoría en los cambios de presión arterial asociados a factores de estrés (Allen, Shykoff, & Izzo, 2001).

En diferentes estudios se ha podido mostrar que observar animales en imágenes, verlos directamente e interactuar con ellos, puede tener un efecto de corto y largo plazo en la salud. Sin embargo, los efectos de estas modalidades, así como los efectos de la interacción con diversas especies, pueden variar. Se argumenta que uno de los principales

mecanismos de acción es mediante la reducción del estrés o mediante la reducción de un efecto de activación.

Aunque no en todos los casos, la interacción con una mascota puede tener efectos tan evidentes como en los estudios sobre enfermedades cardiovasculares, existe alguna evidencia indirecta de mejoras en la salud física. Friedmann (2000) reporta que en varios estudios se ha encontrado que individuos que adoptan a una mascota experimentan una disminución en los síntomas reportados a sus médicos. Serpell (1991) llevó a cabo un estudio prospectivo, con un seguimiento de 10 meses, en el que mostró que propietarios de mascotas, especialmente perros, muestran una disminución en problemas menores de salud, comparados con no propietarios. Propietarios de gatos reportaron un cambio similar a 6 meses, pero el efecto disminuyó para el momento de terminación del estudio. Otro estudio mostró que propietarios de mascotas tienden a visitar menos frecuentemente al médico que no propietarios (Siegel, 1993).

Se ha especulado acerca de los posibles mecanismos de acción. Aparte de los mecanismos fisiológicos ya mencionados, relacionados con una respuesta de prevención de la activación (*arousal*) mediante el condicionamiento clásico de la relajación (Virues-Ortega & Buena-Casal, 2006), se argumenta que los animales de compañía fomentan comportamientos positivos de autocuidado, como sacar a pasear al perro, ajustar la temperatura del cuarto en ciertas épocas del año, limpiar las áreas privadas y comunes de la casa, etc. Thorpe et al., (2006) exploraron la idea de que poseer un animal de compañía mejoraría y permitiría el mantenimiento de la movilidad en adultos mayores (70 a 79 años de edad), mediante la facilitación del ejercicio. Encontraron que aunque tener una mascota facilita el ejercicio, no es garantía de caminar con ella o de hacer ejercicio. Sin embargo, para aquellos miembros de la población que caminaban con sus perros por lo menos tres veces por semana, se observaron ganancias importantes en el cumplimiento del nivel de ejercicio recomendado por el Cirujano General de los Estados Unidos, lo que promovió el mantenimiento de la movilidad. Más importante aún, tres años después de iniciado el estudio, el grupo de propietarios de mascotas que caminaba con ellas al principio del estudio, mantuvo sus niveles de actividad, más que los no propietarios o que los propietarios que no caminaban con sus mascotas.

Si bien un creciente número de estudios muestra efectos positivos en la salud de propietarios de mascotas, algunos estudios no han encontrado estos efectos. Por ejemplo, Hirsch & Whitman (1994) no encontraron diferencias en frecuencia de reportes de dolores de cabeza y dolores crónicos, entre propietarios y no propietarios de mascotas. Las medidas tomadas por los autores son gruesas, por lo que podría argumentarse que aún no es claro si el efecto existe o no. Sin embargo, revisiones futuras de la literatura deben tener en cuenta, en lo posible, resultados negativos de la hipótesis general de efectos de las mascotas en la salud, a fin de desarrollar un panorama más preciso y documentado de dicha relación. Claramente, ninguna variable produce efectos invariablemente positivos en relación con una medida dependiente, y una mejor comprensión de los efectos tendrá beneficios para la explicación de sus mecanismos y su uso potencial como una tecnología de la salud.

El contacto físico con la mascota tiene un importante efecto en personas en proceso de rehabilitación física. Adultos mayores que acarician a su mascota encuentran dis-

minuidos los síntomas de artritis, dolores reumáticos y perciben una mejora en otros indicadores de salud física. La posesión de una mascota le implica al dueño mayor movimiento, realizar caminatas, promueve diferentes comportamientos constructivos para sí mismo, para con otras personas y para la mascota. El juego a pesar de ser la actividad más frecuente que realizan las personas con sus mascotas, no es la única ni la más importante. Muchas personas expresan que su mascota es el pretexto perfecto para salir a pasear o para realizar ejercicio (Beck, 1997).

Beneficios psicológicos

La interacción con animales promueve la actividad física, ayuda a centrar la atención, estimula la interacción social, mejora el sentido del humor, favorece el contacto físico, el juego y las demostraciones de afecto tanto con la mascota como con otras personas. En consecuencia, parece servir como protector de las personas contra la soledad y la depresión. También favorece la independencia, el sentido de valor y utilidad para otros, y la motivación. Finalmente, incentiva un estado afectivo positivo, un aumento de la autoestima y un sentido de logro (Beck, 1997; Cusack, 1991). Es claro que estos efectos no son automáticos y no son observados en todas las personas. Dichos efectos son modulados por la edad, la actitud hacia las mascotas, el grado y fuentes de soporte social y otras variables psicológicas. Incluso, algunas poblaciones pueden no beneficiarse de contar con una mascota en sus vidas. Kidd & Martínez (1980) compararon a casi un centenar de personas que poseían o no mascotas y los compararon utilizando las escalas de autoaceptación y bienestar del Inventario Psicológico de California. No encontraron diferencias entre los grupos, excepto por el grupo de hombres que pertenecían a grupos filantrópicos, que parecía no beneficiarse de la interacción con una mascota. Estos datos encuentran contrapartes en otra evidencia, pero sugieren que los efectos positivos de la interacción con una mascota no pueden ser sobredimensionados ni generalizados, sin contrastación empírica.

Las mascotas son frecuentemente consideradas importantes para la vida de los propietarios. En un sondeo realizado entre propietarios y no propietarios de mascotas sobre los aspectos más positivos de la interacción, se encontraron diferencias entre los dos grupos en términos de compañía (75% vs 66%), afecto (67% vs 37%), placer (58% vs 21%), todos los cuales se refieren a los aspectos más emocionales de la interacción. La dirección del efecto de diferencia entre los grupos fue la opuesta, en relación con algunos de los aspectos más instrumentales como protección (30% vs 42%) y como compañero de ejercicio (5% vs 12%) (Quigley, Vogel, & Anderson, 1993).

En los países occidentales, las familias que tienen mascotas son típicamente familias con niños. Son estos quienes promueven y solicitan su inclusión en el hogar, aunque son más frecuentemente las madres quienes terminan siendo asignadas a las tareas de cuidado del animal (Bulcroft, 1990).

Diversos estudios han demostrado que niños que han recibido programas educativos sobre trato humano hacia los animales no sólo muestran un incremento en la calidad de dicho trato, sino que muestran mayor empatía por otras personas. Este efecto es particularmente claro en niños de quinto grado, pero lo es menos en niños más pequeños y se extiende por un tiempo de por lo menos un año (Ascione & Weber, 1996).

Los efectos de la interacción con animales en el desarrollo de los niños han sido evaluados por diversos autores. Poresky (1996) ha mostrado que dichos efectos parecen limitados a la conducta social, pero otros autores argumentan que pueden extenderse al desarrollo cognitivo y a la autoestima (Levinson, 1978; Nathanson & de Faria, 1993) y a una mejora en la expresión de emociones en forma verbal y no verbal (Melson, 2000; Páramo et al., 1999).

Dados los efectos positivos de la interacción humano-animal reportados por la literatura, se han desarrollado estrategias que incorporan animales en los procesos terapéuticos psicológicos, médicos y de rehabilitación. A este conjunto de estrategias se le ha bautizado como Terapia Asistida con Animales (TAA), e incluye terapias con objetivos diversos, con especies variadas y con estrategias múltiples, que aún no cuentan con estándares de calidad, pero que tienen en común la búsqueda de mejoras en la salud, mediante el uso dirigido de la interacción de los pacientes con animales (Fine, 2000a).

Este tipo de terapias han demostrado un cierto nivel de efectividad, especialmente medida mediante técnicas cualitativas donde terapeutas, profesores, consultantes y familiares reportan mejorías en diversas áreas de desempeño de los individuos en terapia. Por ejemplo, en un estudio con niños y adolescentes con serios problemas de conducta expuestos a equinoterapia, se observó una mejora en las áreas de comunicación interpersonal, autoestima, y locus de control interno (Ewing & McDonald, 2007). Estos beneficios se han atribuido fundamentalmente a la relación que desarrolla el niño con el caballo a través del cuidado. Williams (2004) muestra otros ejemplos en los que la equinoterapia puede ser de utilidad en el tratamiento de niños y adolescentes con una variedad de problemas psicológicos. En relación con la autoestima, este mismo autor sugiere que el niño traducirá el cariño por el animal por cariño hacia sí mismo.

La Terapia Equina Asistida (TEA) ha sido implementada también en niños víctimas de violencia intrafamiliar. Estos niños se encuentran en alto riesgo de presentar problemas comportamentales, desórdenes de salud mental y ver afectado su sistema de representaciones de las relaciones. De allí que la TEA haya sido utilizada como herramienta psicoterapéutica en un estudio exploratorio con niños víctimas de violencia intraparental con el fin de desarrollar en ellos empatía, sentido de responsabilidad y aprendizaje de resolución de conflictos, encontrando una mejoría, especialmente en los niños más pequeños; sin embargo, se desconoce cómo interactúan otras variables como edad y género con la terapia y cuáles son los efectos de este tipo de intervención a largo plazo (Schultz, Barlow, & Robbins, 2007).

También se ha encontrado que este tipo de terapia beneficia el desarrollo de habilidades verbales y motoras tanto finas como gruesas en niños con síndrome de Down y autismo (Mallon, 1992).

Aparte de los niños y algunos grupos de adolescentes, el grupo que parece verse más beneficiado con la interacción con animales ya sea en forma directa o mediante la Terapia Asistida con Animales, son los adultos mayores.

En un estudio realizado en un hogar geriátrico, cuyo objetivo era observar si una mascota era motivo de conversación entre los residentes, se dividió a la población de 10

personas en dos grupos, experimental y control. Se encontró que el grupo experimental que convivía con una mascota, expresó más recuerdos positivos o reminiscencias y menos negativos o nostalgias que el grupo control. De esta forma concluyeron que una mascota parece reducir los sentimientos de soledad, abandono, estrés y depresión (Balazote, 1999).

En países desarrollados, la población mayor de 65 años ha venido incrementando en forma dramática en las últimas décadas. Derivado de esto, uno de los mayores problemas que enfrentan estas sociedades se refiere al manejo de los problemas médicos, psicológicos y sociales, asociados con la edad. Por una parte, esta población experimenta un incremento significativo en la expresión de demencias. Pacientes con demencia manifiestan múltiples problemas neuroconductuales, entre los que se encuentran la depresión, apatía, irritabilidad, ansiedad, desórdenes del sueño y dificultades en las actividades sociales. Por otra parte, la dinámica social de estas mismas sociedades favorece la soledad, el énfasis en el carácter productivo de los individuos y la concentración de las actividades más reconocidas socialmente en el trabajo. Finalmente, una población de ancianos relativamente abandonada por sus familias, debe recurrir a los servicios sociales y al estado para suplir algunas de sus necesidades básicas como salud y a otras como la recreación y la interacción social. La implementación de programas que aborden esta problemática incluye en algunos países la inclusión de Terapia Asistida con Animales, la cual ha demostrado tener efectos positivos en varios aspectos de la vida del adulto mayor (Baun & McCabe, 2000; Motomura, Yagi, & Ohyama, 2004).

Personas que sufren de enfermedades crónicas también pueden verse beneficiados psicológicamente por la interacción con una mascota, más allá del impacto sobre su salud física. En personas con enfermedades mentales o con baja autoestima que son expuestas a una mascota, se observa un efecto de cambio de foco que consiste en que dejan de hablar de sus problemas y de focalizarse en ellos para fijar su atención en otros aspectos, en este caso en la mascota, hablándole o hablando de ella.

Por ejemplo, los pacientes con VIH/SIDA presentan reacciones emocionales como miedo a la desfiguración, debilitamiento, infecciones y muerte; miedo al abandono social, pérdida de compañeros de trabajo y abandono por parte de su pareja, amigos íntimos y su familia; y sentimientos de culpa sobre su conducta sexual anterior (De Vita, 1990). Las mascotas pueden jugar un papel muy importante para estas personas, quienes perciben a sus mascotas como iguales y, por consiguiente, se convierten en una importante fuente de consuelo y compañía. La mascota disminuye los sentimientos de aislamiento de la persona y produce una evidente disminución del estrés, disminución que puede mejorar la función del sistema inmune. Como las mascotas necesitan afecto y compañía lo buscan en sus dueños, quienes sienten que están siendo necesitados y valorados. Las personas con VIH/SIDA perciben al animal de compañía como un miembro de su familia por lo que directamente se convierte en fuente de soporte emocional, lo que es particularmente importante para las personas que se sienten abandonadas y aisladas (Gorczyca, Fine, & Spain, 2000).

En un estudio realizado en Colombia por Granados, Peña, & Gutiérrez (En preparación) expusieron durante 6 meses a un grupo de hombres institucionalizados diagnosticados con VIH/SIDA, a una perra joven. Durante este tiempo, los pacientes convivieron en una

casa con el animal y se hicieron cargo de su cuidado. Los resultados mostraron que los pacientes no registraron cambios negativos en su salud, medida en términos de infecciones oportunistas o zoonosis de algún tipo. Adicionalmente, sus interacciones sociales al interior del grupo y fuera de él, incrementaron y se vieron fortalecidas. Los participantes reportaron mejoras en su calidad de vida, asociadas con la tenencia de la mascota, especialmente en términos de su papel como facilitador de la interacción social.

Finalmente, en un ambiente terapéutico, un animal puede facilitar la interacción consultante-terapeuta, servir como catalizador emocional, ser utilizado como una metáfora o símbolo de aspectos fundamentales de la vida, e incluso servir como modelo pasivo para juegos de roles, entre otros (Fine, 2000b).

Beneficios sociales

Algunos de los beneficios sociales más importantes de la interacción humano-animal son el efecto catalizador (“lubricante social”), cohesión social, juego cooperativo, mayor cooperación con otras personas, promoción del contacto social con otras personas y entre los miembros de la familia (Beck, 1997; Wilson & Turner, 1998).

La gran mayoría de las personas habla a sus mascotas, lo hace de una manera suave y lenta, en una forma diferente a cuando hablan con otra persona. Cuando hablan con una mascota se sienten más tranquilos y sin presiones (Beck, 1997).

La mayoría de las mascotas viven con familias. La interacción entre estos ha sido explorada por Smith (1993) en un estudio de tipo etológico. Esta investigadora observó las interacciones de los miembros de 10 familias con sus mascotas y encontró varias regularidades. Primero, hay una asimetría en la atención entre la mascota y los miembros humanos de la familia. Estos tendían a prestar menos atención a la mascota, aunque con frecuencia lo hacían mientras estaban realizando otras actividades.

Segundo, el juego no era exclusivo de los niños. Los adultos se involucraban en juego con la mascota con facilidad. Las acciones de juego son frecuentemente complejas y combinan tipos de juego como luchar por una pelota, correr y perseguir, tumbar y acariciar, etc. Cuando alguno de los participantes quería detener el juego, lo hacía cuando el otro estaba en posesión del juguete. Esto es cierto para animales y humanos.

Tercero, la comida se constituye con frecuencia en una actividad social en la que participan uno o más miembros de la familia. También es usual que el perro coma en condiciones sociales, lo que ha sido documentado para la especie en su estado feral y para los lobos, su especie ancestral.

A pesar de que son las familias con hijos las que habitualmente adoptan mascotas, son éstas las que muestran interacciones menos complejas con ellas. En familias sin niños se observa una intensidad en la interacción mucho mayor. En contraste, en las familias con niños, tanto éstos como los adultos, tienden a mostrar interacciones más causales con los animales, aún en ausencia de los niños.

Las mascotas también fomentan en sus dueños contactos sociales con personas conocidas y extrañas. El efecto de lubricante social se observa cuando una mascota facilita

al dueño el acercamiento a otras personas y a mejorar la relación con éstas aunque posteriormente ya no esté presente la mascota. Este efecto parte de la facilidad de conseguir intimidad con las mascotas, pues se ha encontrado que los extraños perciben a las personas con mascotas como menos amenazantes y con una actitud de disposición a conversar (Ruckert, 1994; Wilson, 1994).

Se ha evaluado el papel de perros como catalizadores sociales en pacientes con Alzheimer, encontrando que éstos funcionan como vínculo entre el paciente y su familia. En pacientes con afasia también se ha demostrado una mejora significativa de las habilidades verbales y no verbales al acompañar la terapia de lenguaje con Terapia Asistida con Animales (LaFrance, García, & Labreche, 2007)

Existen varios estudios que han investigado el papel socializador de las mascotas o los animales de asistencia. Ellos han encontrado consistentemente que personas que se encuentran con animales (aún mascotas menos convencionales como loros, conejos o tortugas) son abordadas frecuentemente por otras personas, conocidas y desconocidas (Hunt, Hart, & Gomulkiewicz, 1992). Igualmente, se ha observado que cuando un perro está presente en un grupo, las personas tienden a conversar y reír más (Messent, 1984). En resumen, la compañía de una mascota ayuda a conseguir nuevas amistades y promueve interacciones sociales positivas y afectivas.

En el estudio de Balazote (1997) mencionado anteriormente, se encontró que los participantes de un estudio con adultos mayores que contaban con una mascota, incrementaban su comunicación en casi un 50% en las sesiones con animales de compañía. La relación que se estableció en los grupos de conversación se prolongó fuera de ellos. Granados et al., (en preparación) también reportan que pacientes VIH/SIDA percibieron igualmente un beneficio social importante ligado a la tenencia de una mascota. Su interacción con miembros de su vivienda y con extraños en la calle incrementó durante los períodos de paseo con la mascota.

Conclusiones

La interacción de los humanos con animales ha sido variada a lo largo de su historia. De una relación basada en elementos utilitarios relacionados con la caza y la protección, ha pasado a ocupar múltiples escenarios en la vida de los humanos, siendo uno de los más importantes el de la interacción afectiva. Las mascotas, en particular, han asumido un papel importante en este sentido y han cambiado en buena medida la forma en que nos relacionamos con ellas, con otras especies animales y con la naturaleza en general.

El estudio científico de esta interacción afectiva sólo se ha iniciado recientemente y aún se encuentra en lo que podríamos denominar una fase descriptiva. La mayor parte de la investigación que aborda el tema ha utilizado estrategias descriptivas o correlativas de investigación y sólo una proporción menor ha empezado a evaluar hipótesis mediante estudios experimentales. A pesar de esta limitación, la literatura empieza a mostrar un panorama consistente que muestra que aquellas personas que interactúan con animales y que se involucran con ellos, tienden a beneficiarse a nivel fisiológico, psicológico y social. Sin embargo, es importante que no se sobrevalore esta evidencia creciente, ya que con excepción de algunos estudios, desconocemos otras variables moduladoras de estos

efectos. Ver a los animales como una panacea para la mejora en el bienestar y calidad de vida de los humanos puede terminar desvirtuando su verdadero valor y puede conducir a la interpretación de esta área de investigación como poco seria o crítica.

La literatura en español sobre este tema es muy escasa. En la presente revisión hicimos un esfuerzo especial por mostrar dicha literatura, que está recopilada principalmente en varios volúmenes publicados por la Fundación Purina en España. La literatura en revistas científicas publicadas en español es prácticamente inexistente. Aun los autores españoles que trabajan en el área, lo hacen en inglés, con interesantes efectos de su impacto en la comunidad anglosajona, pero con un impacto bajo o nulo para la comunidad iberoamericana. En consecuencia, aunque hay un interés creciente en el estudio de las relaciones humano-animal, animado por instituciones internacionales como la Fundación Purina y la WWF, la producción investigativa en nuestra región es aún bastante limitada (véase Bentosela & Mustaca, 2006; Páramo, Arias, Melo, Pradilla, & Pabón, 1999). Esto no refleja, sin embargo, el trabajo que se ha venido realizando en el área, especialmente en las áreas de aplicación. Fundaciones, instituciones clínicas y educativas, han incorporado con entusiasmo programas de educación y de terapia con diversas poblaciones clínicas y no clínicas, usando animales como perros y caballos. Estas experiencias deben ser documentadas, para poder desarrollar un cuerpo de producción y para dar soporte a la naciente y creciente comunidad académica y terapéutica en Latinoamérica. A menos que se construya un cuerpo de literatura y una comunidad académica seria interesada en el tema, el soporte institucional y financiero para investigar los efectos de la interacción humano-animal, van a continuar siendo poco más que un hallazgo interesante (Beck & Meyers, 1996).

Se espera que en los años que vienen, se organice un esfuerzo de dicha comunidad para documentar las experiencias mencionadas, pero también para caracterizar los tipos de relación humano-animal presentes en nuestras culturas. El valor de este trabajo radica justamente allí, en la comparación transcultural de dichas relaciones, que debe permitir comprender las variadas maneras en que humanos y animales nos acompañamos en el viaje que la evolución nos ha dado para compartir en nuestro planeta.

Referencias

- Aiello, S.E. (Ed.) (2000). *El Manual Merck de Veterinaria*. Barcelona: Oceano.
- Ainsworth, M. (1991). Attachment and other affectional bonds across the life cycle. En C.M. Parkes, J. Stevenson-Hinde & P. Morris (Eds.), *Attachment across the life cycle* (pp. 33-51). New York: Rutledge.
- Allen, K. (2003). Are pets a healthy pleasure? The influence of pets on blood pressure. *Current Directions in Psychological Science*, 12, 236-239.
- Allen, K., Blascovich, J., Tomaka, J. & Kelsey, R.M. (1991). Presence of human friends and pet dogs as moderators of autonomic responses to stress in women. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 582-589.
- Allen, K., Shykoff, B.E., & Izzo, J.L., Jr. (2001). Pet ownership, but not ACE inhibitor therapy, blunts home blood pressure responses to mental stress. *Hypertension*, 38, 815-820.
- Anderson, W.P., Reid, C.M. & Jennings, G.L. (1992). Pet ownership and risk factors for cardiovascular disease. *Medical Journal of Australia*, 157, 298-301.
- Ascione, F. R. & Weber, C.V. (1996). Children's Attitudes about the Humane Treatment of Animals and Empathy: One-Year Follow up

- of a School-Based Intervention. *Anthrozoos*, 9 (4), 188-195.
- Balazote, P. (1999). Animales de compañía y mejora de las relaciones interpersonales en un centro geriátrico. En Fundación Purina (Ed.), *Animales de compañía fuente de salud. Comunicaciones IV Congreso Internacional* (pp. 45-55). Barcelona: Fundación Purina.
- Baun, M. & McCabe, W. (2000). The role animals play in enhancing quality of life for the elderly. En A. Fine (Ed.), *Handbook on animal – assisted therapy. Theoretical foundations and guidelines for practice* (pp. 237-251). San Diego: Academic Press.
- Beck, A.M. (1997). La relación de las personas mayores: compañía, salud y calidad de vida. Fundación Purina. (Ed.), *Animales de compañía fuente de salud. Comunicaciones III congreso internacional* (pp. 17-32). Barcelona: Fundación Purina.
- Beck, A.M. & Meyers, N.M. (1996). Health enhancement and companion animal ownership. *Annual Review of Public Health*, 17, 247-257.
- Beck, A.M. & Katcher, A.H. (1984). A new look at pet-facilitated therapy. *Journal of the American Veterinary Medical Association*, 184, 414-421.
- Bentosela, M. & Mustaca, A. E. (2006). Comunicación entre perros domésticos (*Canis familiaris*) y hombres. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39, 375-387.
- Borchelt, P.L., Lockwood, R., Beck, A.M. & Voith, V.L. (1993). Ataques caninos: la depredación de seres humanos por perros. En A.H. Katcher & A.M. Beck (Eds.), *Los animales de compañía en nuestra vida. Nuevas perspectivas* (pp. 246-259). Barcelona: Fundación Purina.
- Bossard, J.H. (1944). The mental hygiene of owning a dog. *Mental Hygiene*, 28, 408-413.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss. Vol. I. Attachment*. New York: Basic Books.
- Bulcroft, K. (1990). Pets in the American Family. *People, Animals, Environment*, 8 (4), 13-14.
- Burcher, P. (1996). *Origen de los animales domésticos*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Carrillo, S. & Gutiérrez, G. (2000). Attachment behavior and comparative research: A critical essay. *Suma Psicológica*, 7, 51-63.
- Carter, C.S. (2005). Biological perspectives on social attachment and bonding. En C.S. Carter, L. Ahnert, K.E. Grossmann, S.B. Hrdy, M.E. Lamb, S.W. Porges & N. Sachser (Eds.), *Attachment and bonding. A new synthesis* (pp. 85-100). Cambridge, MA: MIT Press.
- Clutton-Brock, (1995). Origins of the dog: Domestication and early history. En J. Serpell (Ed.), *The domestic dog. Its evolution, behaviour, and interactions with people* (pp. 7-20). Cambridge: Cambridge University Press.
- Coppinger, R. & Schneider, R. (1995). Evolution of working dogs. En J. Serpell (Ed.), *The domestic dog. Its evolution, behaviour, and interactions with people* (pp. 21-47). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Cusack, O. (1991). *Animales de compañía y salud mental*. Barcelona: Fundación Purina.
- Davis, S.J.M. & Valla, F.R. (1978). Evidence for domestication fo the dog 12,000 years ago in the Natufian of Israel. *Nature*, 276, 608-610.
- De Vita, V. (1990). *Sida, etiología, diagnóstico, tratamiento y prevención*. Barcelona: Salvat.
- Domjan, M. (2003). *The principles of learning and behavior*. Belmont, CA: Wadsworth/Thomson Learning.
- Ewing, C. & MacDonald, P. (2007). Equine facilitated learning for youths with severe emotional disorders: a quantitative and qualitative study. *Child Youth Care Forum* 36, 59-72.
- Fine, A. (Ed.) (2000a). *Handbook on animal – assisted therapy. Theoretical foundations and guidelines for practice*. San Diego: Academic Press.
- Fine, A. (2000b). Animals and therapists: Incorporating animals in outpatient

- psychotherapy. En A. Fine (Ed.), *Handbook on animal – assisted therapy. Theoretical foundations and guidelines for practice* (pp. 179-211). San Diego: Academic Press.
- Friedmann, E. (2000). The Animal-Human bond: Health and wellness. En A. Fine (Ed.), *Handbook on animal-assisted therapy* (pp. 41-58). San Diego: Academic Press.
- Friedmann, E., Katcher, A.H., Lynch, J.J., & Thomas, S.S. (1980). Animal companions and one-year survival of patients after discharge from a coronary care unit. *Public Health Reports*, 95, 307-312.
- Fundación Purina (1994). *Los animales en la sociedad: hacia un nuevo modelo de convivencia*. Barcelona: Fundación Purina.
- Fundación Purina (1997). *Animales de compañía, fuente de salud*. Barcelona: Fundación Purina.
- Fundación Purina (1999). *Animales de compañía, fuente de salud*. Barcelona: Fundación Purina.
- Gorczyca, K., Fine, A. & Spain, V. (2000). History, theory and development of human-animal support services for people with AIDS and other chronic/terminal illnesses. En A. Fine (Ed.), *Handbook on animal – assisted therapy. Theoretical foundations and guidelines for practice* (pp. 253-302). San Diego: Academic Press.
- Granados, D. R., Peña, G. V. & Gutiérrez (en preparación). *Interacción humano-animal: Efectos en la calidad de vida de pacientes con VIH/SIDA*.
- Harris, G. (2007, Septiembre 28). Report Assails F.D.A. Oversight of Clinical Trials. *The New York Times*, Recuperado Septiembre 29, 2007, de <http://www.nytimes.com>.
- Hemmer, H. (1990). *Domestication: The decline of environmental appreciation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Herrald, M. Tomaka, J. & Medina, A.Y. (2002). Pet ownership predicts adherence to cardiovascular rehabilitation. *Journal of Applied Social Psychology*, 32, 1107-1123.
- Hines, L. & Fredrickson, M. (1998). Perspectives on animal assisted activities and therapy. En C.C. Wilson & D.C. Turner (Eds.), *Companion Animals in Human Health* (pp. 23-39). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Hirsch, A.R. & Whitman, B.W. (1994). Pet ownership and prophylaxis of headache and chronic pain. *Headache*, 34, 542-543.
- Hunt, S.J., Hart, L.A. & Gomulkiewicz, R. (1992). Role of small animals in social interactions between strangers. *Journal of Social Psychology*, 133, 245-256.
- Kanis, E., De Greef, K. H., Hiemstra, A. & van Arendonk, J. A. M. (2005). Breeding for societally important traits in pigs. *Journal of Animal Science*, 83, 948-957.
- Katcher, A. H. (1993). El hombre y el entorno viviente: una excursión a través del tiempo cíclico. En A.H. Katcher & A.M. Beck (Eds.), *Los animales de compañía en nuestra vida. Nuevas perspectivas*. Barcelona: Fundación Purina.
- Kidd, A.H. & Martinez, R. L. (1980). Two personality characteristics in adult pet owners and non-owners. *Psychological Reports*, 47, 318.
- Koler-Matznick, J. (2002). The origin of the dog revisited. *Anthrozoös*, 15, 98-118.
- LaFrance, C., Garcia, L. & Labreche, J. (2007). Case report: The effect of a therapy dog on the communication skills of an adult with aphasia. *Journal of Communication Disorders*, 40, 215-224.
- Levinson, B. M. (1962). The dog as a “co-therapist”. *Mental Hygiene*, 46, 59-65.
- Levinson, B.M. (1978). Pets and personality development. *Psychological Reports*, 423, 1031-1038.
- Mallon, G.P. (1992). Utilization of animals as therapeutic adjuncts with children and youth: A review of the literature. *Child & Youth Care Forum*, 21, 53-67.
- Melson, G.F. (2000). Companion animals and the development of children:

- Implications of the biophilia hypothesis. En A. Fine (Ed.), *Handbook on animal-assisted therapy* (pp. 375-383). San Diego: Academic Press.
- Messent, P.R. (1984). Correlates and effects of pet ownership. En Wilson, E.K. Anderson, B.L. Hart & L.A. Hart (Eds.), *The pet connection: Its influence on our health and quality of life* (pp. 331-340). Minneapolis, MN: University of Minnesota.
- Motomura, N., Yagi, T., & Ohyama, H. (2004). Animal Assisted Therapy for people with dementia. *Psychogeriatrics*, 4, 40-42.
- Nathanson, D.A. & de Faria, S. (1993). Cognitive improvement of children in water with and without dolphins. *Anthrozoos*, 6, 17-29.
- Páramo, P., Arias, J., Melo, M.C., Pradilla, H. & Pabón, C. (1999). *Nuestros vínculos con los animales*. Bogotá: Editorial Universidad Pedagógica Nacional.
- Poresky, R.H. (1996). Companion Animals and Other Factors Affecting Young Children's Development. *Anthrozoos*, 9 (4), 159-168.
- Quigley, J.S., Vogel, L.E. & Anderson, R.K. (1993). Un estudio de percepciones y actitudes en cuanto a la posesión de animales de compañía. En A.H. Katcher & A.M. Beck (Eds.), *Los animales de compañía en nuestra vida. Nuevas perspectivas* (pp. 295-304). Barcelona: Fundación Purina.
- Ramírez, S.J. (2001). *El hombre y el animal. Su relación en una concepción legal y filosófica*. Bogotá: Procuraduría General de la Nación.
- Robinson, I. (1995). *The Waltham book of human-animal interaction: Benefits and responsibilities of pet ownership*. Tarrytown, NY: Elsevier Science Inc.
- Ruckert, J. (1994). *Terapia a cuatro patas*. Barcelona: Fundación Purina.
- Sachser, N. (2005). Adult social bonding: Insights from studies in nonhuman mammals. En C.S. Carter, L. Ahnert, K.E. Grossmann, S.B. Hrdy, M.E. Lamb, S.W. Porges & N. Sachser (Eds.), *Attachment and bonding. A new synthesis* (pp. 119-135). Cambridge, MA: MIT Press.
- Savishinsky, J.S. (1993). Ideas predilectas: La domesticación de los animales, la conducta humana y las emociones humanas. En A.H. Katcher & A.M. Beck (Eds.), *Los animales de compañía en nuestra vida. Nuevas perspectivas* (pp. 135-155). Barcelona: Fundación Purina.
- Schultz, P., Barlow, A. & Robbins, L. (2007). Equine assisted therapy a mental health promotion/intervention modality for children who had experienced intra-family violence. *Health and Social Care in the Community*, 15 (3), 265-271.
- Serpell, J. (1991) Beneficial effects of pet ownership on some aspects of human health and behavior. *Journal of the Royal Society of Medicine*, 84, 717-720.
- Serpell, J. (1995). From paragon to pariah: some reflections on human attitudes to dogs. En J. Serpell (Ed.), *The domestic dog. Its evolution, behaviour and interactions with people* (pp. 245-256). Cambridge: Cambridge University Press.
- Serpell, J. (1996). *In the company of animals. A study of human-animal relationships*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Serpell, J. (2000). *The domestic dog*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Siegel, J.M. (1993). Companion animals: In sickness and in health. *Journal of Social Issues*, 9, 157-167.
- Smith, S. L. (1993). Las relaciones entre los perros de compañía y los miembros de la familia: un estudio etológico. En A.H. Katcher & A.M. Beck (Eds.), *Los animales de compañía en nuestra vida. Nuevas perspectivas* (pp. 42-49). Barcelona: Fundación Purina.
- Staats, S., & Horner, K. (1999). Allocating time to people and pets: Correlates with income and well-being in a Midwest community sample. *Journal of Psychology*, 133, 541-552.
- Staats, S., Sears, K., & Pierfelice, L. (2006). Teachers' pets and why

- they have them: An investigation of the human-animal bond. *Journal of Applied Social Psychology*, 36, 1881-1891.
- Thorpe, R. J. Jr., Simonsick, E. M. Brach, J. S., Ayonayon, H., Satterfield, S. Harris, T.B., Garcia, M. & Kritchevsky, S.B. (2006). Dog Ownership, Walking Behavior, and Maintained Mobility in Late Life. *Journal of the American Geriatric Society*, 54, 1419-1424.
- Virues-Ortega, J., Buela-Casal, G. (2006). Psychophysiological Effects of Human-Animal Interaction: Theoretical Issues and Long-Term Interaction Effects. *Journal of Nervous Mental Disorders*, 194, 52-57.
- Wendt, H. (1982). *El descubrimiento de los animales. De la leyenda del unicornio hasta la etología*. Barcelona: Planeta.
- Williams, C. (2004). Equine facilitated psychotherapy benefits students and children. *Holistic Nursing Practice*, 18, 32-35.
- Wilson, C. C. (1994). A conceptual framework for human-animal interaction research. The challenge revisited. *Anthrozoös*, 7, 4-24.
- Wilson, C. C. & Turner, D. C. (1998) *Companion Animals in Human Health*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Wolff, A. I. & Frishman, W. H. (2005). Animal-Assisted Therapy in Cardiovascular Disease. *Seminars in Integrative Medicine*, 2, 131-134.

